

# Carta a la negra

John Jairo Rodríguez Saavedra

Docente de Comunicación Social

Tercer puesto

Ya no hay casi nada por aquí, Negra querida;  
solo un viento  
y un frío en la carne y en los huesos,  
y un luto pegado a la piel  
como un tatuaje horrible.

Esas balas que mataron a Lucas Villa  
y a los otros, más de cuarenta colombianos y colombianas,  
también me dieron a mí,  
en el alma y en los sesos.

Por ahora,  
veo las calles  
y entonces me hago calle y sangran los paisajes  
del Galeras a la tienda de la vecina,  
del norte al sur de la ciudad,  
del parque Rumipamba hasta Cabrera.

Ya no vale nada aquí, Negra bonita.  
Hay balas abrigadas en las armas policiales,  
listas para salir a romper  
a cuanto corazón se les atraviese  
y el asfalto del país en las ciudades,  
es una alfombra teñida de rojo hace semanas.

Solo me quedas vos, Negra,  
y Ana Vidovic y su guitarra,  
que me pone réquiems todos los días  
en la mesa junto al café y a los cigarros.

Qué vamos a poder amar así,  
respirar, ponerles una sonrisa a los almuerzos;  
ni siquiera los libros sirven  
para quitarnos estos escalofríos de la espalda.

Si uno se asoma a la ventana,  
hay un muerto.  
Si sale a la calle y cruza la esquina,  
hay dos muertos.  
Si miras al cielo que antes era azul,  
te caen ochenta cadáveres encima y te sepultan.

Y así,  
todos los días,  
desde finales de abril hasta la fecha.

Pero acordáte:  
esto siempre fue así,  
solo que ahora vemos a los asesinos en vivo y en directo.

¿Te imaginas lo que habrán hecho cuando no podíamos verlos?

Por eso, en donde estés ahora, Negra mía,  
apagá el televisor  
porque desde ahí también nos ponen paraísos  
en donde solo hay masacres.

Ahora mismo,  
desde esta mesa,  
te recojo,  
como una lámpara para estos días oscuros.

Vos respirá de todos modos.  
Vos seguí apareciéndoteme siempre  
como una flor  
en este mausoleo  
que nos tocó como morada.